

La Novela Gráfica

25 ct.
Nº 26.

A puñetazo limpio

por Ricardito Talmadge

A PUÑETAZO LIMPIO

(PUTTING IT OVER, 1922)

Adaptación literaria de la comedia
cinematográfica de igual título

Creación del inimitable saltarín

RICARDITO TALMADGE



Exclusiva:

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, núm. 66

BARCELONA

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 30, 1.º

Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

A PUÑETAZO LIMPIO

I

BRILLANTÍSIMA cual ninguna otra era la fiesta que se celebraba aquella noche en el "Palais Royal" de Los Angeles.

La concurrencia, como puede suponerse, era extraordinaria y allí se había congregado lo más selecto de la buena sociedad de aquella pintoresca población.

Encontrábanse allí, entre otras personas, Arnolfo Norton, alcalde de Carterville y su hija Blanca, una deliciosa muchachita de unos diez y ocho años de edad, que habían acudido al cabaret atraídos por la intensa propaganda que hacía de sus fiestas. Sentado no muy le-

jos de ellos hallábase Ricardito Merrit, muchacho joven, simpático y que, aparte de que no había quien le lograra encasquetar la idea de seguir una carrera o una profesión, era una excelente persona.

Por una futilidad se produjo en el cabaret uno de esos incidentes que con tanta frecuencia ocurren en semejantes lugares, incidente provocado por un boxeador llamado Carlos Donovan, hombre ensoberbecido que se creía capaz de ponerse frente de cualquier pugilista, mientras no fuese Dempsey.

La cosa hubiese pasado a mayores si Ricardito, a quien la Naturaleza había dotado de excelentes puños, no hubiese impedido a tiempo que Donovan cometiese un desaguado.

—¿Quién ha sido el cobarde que me ha echado la zancadilla? — preguntó Carlos, enarándose con Ricardito.

—Haga usted el favor de expresarse en otros términos — repuso Merrit—. Hay señoras aquí y merecen más respeto.

—¡Carlos Donovan no tiene porque respetar a nadie!

—¡Yo haré que usted respete a todo el mundo a puñetazo limpio! — gritó Ricardito—. Y, en efecto, arrojóse contra su contrincante y encajándole dos certeros golpes, le derribó al suelo.

Intervino la policía llevándose a los dos luchadores a la Comisaría en donde pasaron la

noche, encerrados en celdas distintas. A la mañana siguiente el juez les tomó declaración.

—¿Y pues, "que le trae a usted" otra vez por aquí, Ricardo? — preguntó el funcionario.

Este, tranquilo, sonriente, como si no se tratara de él, miró a su adversario y se encogió de hombros.

—Si usted me permite — interrumpió Donovan—, yo le explicaré...

Carlos contó, naturalmente, a su manera, lo ocurrido la noche anterior en el "Palais Royal". Según su relato, Ricardito le había provocado violentamente y él no había tenido otro remedio que obrar en defensa propia.

—Bueno — exclamó el juez, cuando Donovan hubo terminado su declaración. Les condeno a treinta días de reclusión si no se reconcilian ustedes inmediatamente.

Ante aquella conminación, Ricardo y Carlos se estrecharon la mano con una cordialidad fingida que dejó convencido al juez. Pero apenas éste dijo que podían retirarse, se miraron uno y otro y ambos profirieron en voz baja y en actitud agresiva que no escapó a la perspicacia de los policías:

—¡Nos veremos en la calle!

II

ARNOLDO Norton, al levantarse aquella mañana, apenas recordaba el incidente del cabaret. Su principal preocupación eran las próximas elecciones de Carterville en las que su contrincante, Horton, se aprestaba a disputarle el puesto.

Norton contaba, no obstante con una influencia definitiva, la del tío de Ricardito, "leader" político de la localidad que podía, en un momento dado, poner en juego importantes núcleos del censo.

Almorzó, se despidió de Blanca y, a las nueve en punto, penetraba en el despacho de Merrit.

—¡Buenos días! — dijo éste al verle entrar—. Ya sé de que viene usted a hablarme.

Arnoldo asintió con una sonrisa.

—Su reelección, señor Norton — dijo pausadamente Merrit —, es segura, ahora que, naturalmente, son cuestiones que deben condicionarse...

—¿Y qué condición impone usted?

—Yo no impongo ninguna, señor Norton. Son compromisos que tengo que contraer for-



Brillantísima era la fiesta que se celebraba aquella noche en el "Palais Royal"

zosamente... Y este compromiso es que usted favorezca la construcción del nuevo ferrocarril de Carterville...

Norton movió sus labios con una expresión de disgusto.

—Es inútil que sigamos hablando, señor Merrit, Carterville tiene ya una línea férrea, y otra no haría más que perjudicarlo.

—Entonces, le garantizo su derrota, señor Norton.

—¡Saldré reelegido, a pesar de sus maquinaciones y de las de sus agentes! — contestó exasperado Arnoldo—. ¡Y en su día me dará usted la razón!

Casi sin saludarse, despidiéronse. Momentos después, Ricardito llegaba a casa de su tío a quien encontró en la peor de las disposiciones.

—¿Qué ocurrió anoche en el "Palais Royal"? — interrogó severamente Merrit, al ver llegar a su sobrino más fresco que un sorbete.

—¡Oh! Nada... —dijo éste con displicencia.

—¿Nada? El juez me ha telefoneado hace un rato y le he dicho que otra vez te meta en la cárcel sin contemplaciones.

—Es que... — se atrevió a decir Ricardito.

—¿Qué?

—Que había señoras delante, y que como mi contrincante se expresaba en términos incorrectos... A mí me molesta mucho las incorrecciones, y... naturalmente...

—Sí. Hubo puñetazos a discreción. Te prevengo que esto no puede seguir así. Estás hecho un vago y no sabes venir más que a pedir dinero.

—Precisamente era ese el objeto de mi visita — contestó Ricardito sin perder su aplomo y sonriendo ligeramente.

—¿Dinero? ¡Ni un centavo! ¡No sé que te has creído!

—Querido tío — insistió Ricardito —, tenga usted en cuenta que estoy a la cuarta pregunta y que... bueno, en cuanto me suelten la quinta, voy a tenerme que empeñar los botones del chaleco.

—¡Basta! ¡Eres incapaz de hacer nada provechoso! ¡He dicho que no hay más dinero!

—Ah, pero, ¿es que el Estado lo ha retirado todo?

—¡Eres un fresco, incorregible!

—Tío, si usted me da dinero, yo le demostraré que tengo ganas de trabajar...

—Está bien. Voy a ser condescendiente una vez más. Esta tarde saldrás para Carterville y te pondrás a las órdenes de Duncan, mi agente. Se trata de trabajar la elección de Horton, mi correligionario, contra Arnoldo Norton, el actual alcalde.

—Haré imposibles para conseguir su deseo, tío... ¡Ahora, ahora verá usted quien es su sobrino!

—Está bien. Conste que esta es la última vez que transijo. Puedes retirarte.

—Tío... — murmuró Ricardito—. Me parece que se olvida usted de algo... No, no es que tenga importancia... pero... hay gentuza que sin dinero...

—¡Ah, sí! ¡Toma!

Y alargó un fajo de billetes al muchacho que salió del despacho más contento que unas Pascuas, sin acordarse más de Donovan ni del incidente de la noche pasada.

¡Poco trabajo se le presentaba al muchacho para "destrozar" lo más rápidamente posible aquellos billetejos, para acordarse de nimiedades!

III

AQUELLA misma tarde, tal como había convenido con Merrit, Ricardito tomó el tren para Carterville.

En el vagón se encontró con una agradable sorpresa. A su lado viajaban Norton y Blanca, cuya belleza le había fascinado en el cabaret y con quien había cambiado algunas palabras.

—¡Buenas tardes! — murmuró tímidamente Ricardito al verles —. Perdonen que anoche, distraído con el incidente de aquel grosero, no me diese a conocer... ¡Resultó tan divertido aquello!...

Antes de que tuviese tiempo de terminar, Norton se puso en pie.

—Yo soy el alcalde de Carterville, Arnoldo Norton, para servir a usted. Blanca, mi hija... — añadió indicando a la muchacha.

—¡Menuda plancha cometo yo si me descuido! — dijo para sus adentros Ricardito mientras se inclinaba ceremoniosamente. Y después, en voz alta:

—No llevo aquí tarjetas mías. Me llamo Ricardo... Ricardo Yensks...

—¿Va usted también a Carterville?

—En efecto. Sí, voy a... cazar merluzas.

—¿Merluzas?

—Sí, es una diversión deliciosa. Se cazan con caña y anzuelo.

El viaje transcurrió entre una conversación animadísima, durante la cual Ricardito no dejó un momento de vista a Blanca. La belleza y natural simpatía de la muchacha impresionaron profundamente al muchacho que sintió pronto por ella una atracción irresistible.

Antes de llegar a Carterville ya parecían los tres antiguos amigos. Arnoldo era un hombre muy campechano y escuchaba con gran interés la conversación de Ricardito.

Mientras tanto, en Carterville, los agentes al mando de Merrit no descansaban.

Javier Duncan, agente secreto de éste, era nada menos que el jefe de propaganda de Norton, y lo que hacía era hacer que todo se volviese contra él. En aquella tarea ayudábale Pancho Brent, un aventurero a sueldo, que debía provocar disturbios cuando conviniese, a fin de favorecer al rival de Arnoldo, un político ocasional llamado Jorge Horton, en quien nadie creía.

Los adictos de Norton no habían desconfiado de Duncan. Sólo uno le miraba con prevención y éste era Pedro Kendall, jefe de policía de la población que había preparado una manifestación entusiasta en honor del alcalde a su llegada.



Este, tranquilo, sonriente, como si no se tratara de él...

Pero Duncan trabajaba, por su parte, para desbaratar los planes de Kendall.

Poco le costó falsificar un telegrama de Norton dirigido al jefe de policía. En él, Arnoldo anunciaba que estaba retenido en Los Angeles por unas compras inaplazables y que no llegaría hasta el día siguiente a las diez.

La sorpresa de Kendall al recibir el telegrama, que le fué entregado por un agente al servicio de Duncan disfrazado de botones no tuvo límites:

—¡Qué extraño es esto! El alcalde sabe que su presencia aquí es indispensable, que le espera la multitud y me telegrafía que no llegará hasta mañana... En fin, habrá que explicar esto a la gente. Mandaré un comunicado a la prensa de la noche, porque sino, a muchos adictos impacientes, les parecería sospechosa esta permanencia tan prolongada en Los Angeles... Todo son inconvenientes...

Duncan, viendo el éxito de su ardid, se frotaba las manos de alegría.

—No me gusta mucho lo que hemos hecho — observó Pancho Brent—. Si Kendall se entera, no me libro de la cárcel.

—No te preocupes — dijo Duncan—. Lo principal está conseguido: que no vaya nadie a esperar a Norton a la estación. Otro fracaso y el triunfo de nuestro candidato es seguro.

IV

INGRATA sorpresa recibió Norton al llegar a Carterville. Contrariamente a lo que suponía, nadie le esperaba en la estación.

—¿Qué significa esto? — exclamó Arnoldo—. ¡No ha venido nadie!

—Es muy extraño lo que ocurre — dijo Blanca a Ricardito—. Precisamente papá tenía intención de dirigir la palabra a la multitud...

Emprendieron el camino hacia la casa que Norton poseía en Carterville. Antes de llegar, la muchacha se había adueñado en absoluto de la voluntad de nuestro héroe.

—Lamento sinceramente lo ocurrido, señorita. ¡Lástima que yo no sea una "multitud" para ponerme a aplaudir a su señor papá!

Ricardito estaba resuelto decididamente a ponerse al lado de Norton. ¡Qué imaginó para que el candidato a la reelección pudiese largar su discurso a la multitud? Lo único que sabía hacer Merrit: despedirse de ellos y echar a correr a través de la población como alma que lleva el diablo, saltando vallas, salvando obstáculos, sorteando mil peligros... Pronto empezó a formarse un compacto gru-

po de curiosos en derredor suyo: nos decían que se trataba de una apuesta, algunos aseguraban que era un famoso corredor a pie que se entrenaba y faltó quien dijo con toda seriedad que era un ladrón peligroso que acababa de realizar un audaz golpe...

De pronto, Ricardito emprendió de nuevo la carrera hacia casa de Norton y cuando estuvo a pocos pasos de ella se detuvo, saltó encima de un guardacantón y con voz estentórea, dijo:

—¡Ciudadanos! ¡Disponeos a escuchar la palabra de Arnolndo Norton, el mejor alcalde del mundo!

La multitud, adicta como era a Arnolndo, estalló en aplausos. Este, asombrado ante la ingeniosa estratagema de Ricardito para atraer a la concurrencia, salió a su encuentro y pronunció un elocuente discurso, que le valió una ovación cerrada.

Blanca contemplaba con admiración a aquel "electorero" que se les había aparecido unas horas antes, como caído del cielo.

—¡Es usted un personaje extraordinario! — le dijo—. ¡Lo que ha hecho usted por papá es verdaderamente asombroso!

—¡Oh! — contestó Ricardito—. Eso no tiene importancia...

Entretanto, la noticia de la llegada del alcalde se había extendido por la ciudad y se comentaban apasionadamente los términos de

su peroración en todos los lugares públicos de Carterville.

La sorpresa de Duncan, cuando oyó explicar lo que había ocurrido, fué extraordinaria.

Voló más que corrió a casa de Norton a ver quien era el nuevo electorero que tanto éxito había tenido con su primer ardid y se



—¡Nos veremos en la calle!

encontró frente a frente con Ricardito.

—Tengo el gusto de presentarle a un buen amigo mío, señor Duncan — dijo Arnolndo —. El señor Ricardo Yenks.

—Muchas gracias — contestó éste.

—El señor — siguió diciendo Norton, mientras señalaba a Duncan—, es mi agente electoral...

—Encantado de conocerle...

Cuando Duncan se encontró solo con Ricardito, le interpeló violentamente:

—¡Muy bien! ¿Conque has cambiado de nombre y ayudas a Norton en su elección?

—Sí.

—¿Pero no sabes que aunque yo esté aquí aparentemente para servirle, lo que hago es seguir instrucciones de tu tío para derrotarle?

—Sí... Sabía todo eso, pero mi tío sufre una equivocación lamentable. A quien debemos ayudar es a Norton.

Duncan miró a Ricardito de una manera extraña.

—¿Qué te ha parecido la señorita Blanca?

—Me parece una muchacha deliciosa, encantadora, admirable...

—Celebro tu opinión porque pronto va a ser mi esposa.

Ricardito, al oír aquello esquivó su conversación con Duncan. Despidióse de él precipitadamente y después de telegrafiar a su tío diciendo que había llegado felizmente a Carterville y que se quedaría allí algún tiempo, se retiró a la habitación que el alcalde le había hecho preparar, metióse en la cama y esperó plácidamente los acontecimientos.

V

AL día siguiente, Ricardito se fué a dar un paseo por la población. Las paredes de los edificios estaban llenas de carteles recomendando la candidatura de Horton. Pero a Ricardito, que estaba resuelto a aprovecharse de las circunstancias, le pareció que cambiar una letra en cada rótulo era muy sencillo y, al cabo de poco rato, las "haches" estaban transformadas en unas hermosas "enes" de palo seco, con lo que la propaganda del rival de Norton quedaba "traspasada" a favor de éste.

No tardó Blanca en enterarse del cambio de carteles.

—Apuesto cualquier cosa a que usted es el que ha cambiado esas letras — dijo a Ricardito.

—¡Oh! — repuso éste con su eterno aire indiferente—. Eso no tiene importancia...

Duncan, por su parte, no perdía el tiempo. Conferenció telefónicamente con Merrit y le comunicó el cambio de frente que había efectuado su sobrino.

La respuesta de Merrit fué categórica.

—¡Echelo de Carterville, aunque sea por la fuerza! ¡Vaya una treta que me ha jugado ese manirroto!

Pero esto era tarea difícil. Ricardito se había granjeado las simpatías del jefe de policía Kendall y éste le había ofrecido su apoyo y protección incondicional para todo cuanto fuese necesario.

Blanca creyó oportuno hacer una indicación a su padre.

—Papá — le dijo —, Ricardito podría serte muy útil en esta campaña...

—Pero hija mía, — le contestó Norton, ¿no ves que Duncan es el que dirige mi propaganda?

—Yenks te puede ayudar mucho. Ya ves lo que ha hecho por nosotros en un día...

—Bien, bien. Déjame ahora. Va a venir la Junta de vecinos para entregarme los fondos destinados a la campaña electoral. Después hablaremos...

Momentos después de efectuada la entrega, se presentó Duncan en el despacho del alcalde.

—¿El señor Merrit habló con usted en Los Angeles, verdad?

—Sí, señor.

—¿Era para el asunto de la elección?

—Sí. Ese buen señor se creía que a mí se me soborna fácilmente... Me propuso algo que podía ser perjudicial para Carterville y me negué en redondo.



—Yo me llamo Ricardo... Ricardo Yenks.

—Entonces — contestó Duncan, recalcando cada palabra—, ahora me explico porque su sobrino le visita a cada momento.

—¿Su sobrino? — dijo Arnoldo —. ¿Quién es su sobrino?

—Ese métome en todo de Ricardito que anda siempre por aquí...

—Está usted equivocado — contestó el alcalde, sonriendo—. Ese muchacho se llama Ricardo Yenks...

—¿Ricardo Yenks? ¡Se ha dejado usted engañar, querido señor Norton—. ¡Mire usted este recorte!

Y Duncan sacó de la cartera un recorte de periódico en el que aparecía el retrato de Ricardito con el siguiente pie:

"El escándalo del Palais Royal. — El joven Ricardo Merrit que fué detenido anoche por la policía en unión de su contrincante Carlos Donovan, el boxeador cuyo nombre suena tanto en nuestros círculos deportivos".

Ante la evidencia de las afirmaciones de su jefe de propaganda, Norton palideció.

—No se preocupe usted de ese mequetrefe, señor Norton — dijo Duncan—. Yo mismo me encargaré de echarle del pueblo.

Blanca, al enterarse de la verdadera personalidad de Ricardito sufrió un enorme disgusto. No acertaba a comprender a qué conducía todo aquello.

—Nos ha engañado usted miserablemente,

señor Merrit — dijo a Ricardito en cuanto le vió.

Este se dió cuenta del chaparrón que se le venía encima.

—Tiene usted razón, Blanca — repuso—. Vine aquí para trabajar contra su padre...

—Es inoportuno que hable usted así, cuando no ignora que me casaré seguramente el lunes...

Ante aquella respuesta categórica, el muchacho comprendió que había perdido la partida. Se retiró a su habitación, cogió sus ropas y se dispuso a salir de la población.

—Te advierto — le dijo Duncan—, que si por todo el día de hoy no te has largado, te mando echar por la policía.

Cuando se hizo de noche, Ricardito, lleno de congoja, se dirigió otra vez a casa de Norton. Quería despedirse de aquellos lugares que le eran tan queridos... De pronto, una sombra sospechosa le llamó la atención. Un hombre, levantando el postigo de una ventana, se introducía en el despacho de Norton. Ricardito, sin pensar en el riesgo que corría, le siguió. Pero a favor de la obscuridad, el misterioso personaje llegó hasta el escritorio del alcalde, descerrajó un cajón y pudo huir con un paquete cuyo contenido ignoraba Merrit, sin que éste, a pesar de todo cuanto hizo, lograra detenerle.

VI

El hombre que había realizado el golpe no era otro que Pancho Brent, el hombre de confianza de Duncan y el paqueto de que se había apoderado era el legajo de billetes, constituido por los fondos de la Junta de Vecinos.

Cuando se supo la noticia que se extendió por la población como un reguero de pólvora, todo el mundo acusó a Ricardito. Una prueba aplastante existía contra él, y ésta era el testimonio de Blanca, que estaba bien segura de haberle visto pasar aquella noche por delante de su habitación, contigua al despacho de su padre.

El único que no creía en la culpabilidad de Ricardito Merrit, era el jefe de policía, que apiadado de su desgracia le hizo quedar en su casa.

—El señor Norton cree que usted es el autor del robo, pero yo estoy bien seguro de que usted es inocente — le dijo.

—¡Cómo! — exclamó Ricardito—. ¿Eso cree el alcalde? ¿Y Blanca?

—Blanca también... Pero no se preocupe

usted, que daremos con el ladrón y se demostrará su inocencia. Lo grave es que Norton necesita con urgencia el dinero robado, porque esta noche se reúne en su casa la Junta de Vecinos para tratar del asunto. ¿No encontraría usted un medio para que alguien se los prestase?

Ricardito, que hojeaba distraidamente un periódico, no contestó. Pero al cabo de unos minutos, dió un grito de triunfo.

—¡Aquí está la solución!

Y puso ante los ojos de Kendall el siguiente anuncio:

“El boxeador Carlos Donovan que por vez primera se presentará esta noche en el ring de Carterville, ofrece un premio de 2.500 dólares al que le venza en el tercer round.

—¡Ya está! ¡Esta noche me presento allí, venzo a Donovan, gano el premio y salvo al alcalde!

Kendall quedóse mirando a Ricardito y exclamó:

—¡Es usted un hombre verdaderamente extraordinario!

o o o

El ring estaba lleno de bote en bote, cuando Ricardito y Kendall hicieron irrupción en la sala. El “manager” de Donovan acababa de hacer la presentación del famoso boxeador y lanzaba el reto a los cuatro vientos.

—¡El señor Donovan, al presentarse por primera vez ante el público deportivo de Carterville, ofrece un premio de dos mil quinientos dólares a quien acepte luchar con él y le venza en el tercer "round"!

Nadie contestó al reto. Ricardito, siempre imperturbable, avanzaba hacia el ring, acompañado del jefe de policía.

—¿Hay alguien que acepte el reto? — repitió el manager.

—¡Sí! — dijo la voz de Merrit—. ¡Yo!

Y de un salto plantóse en el ring. Carlos Donovan reconoció inmediatamente a su rival del "Palais Royal" y en sus ojos brilló una llama de odio. ¡La oportunidad le deparaba la ocasión de vengarse!

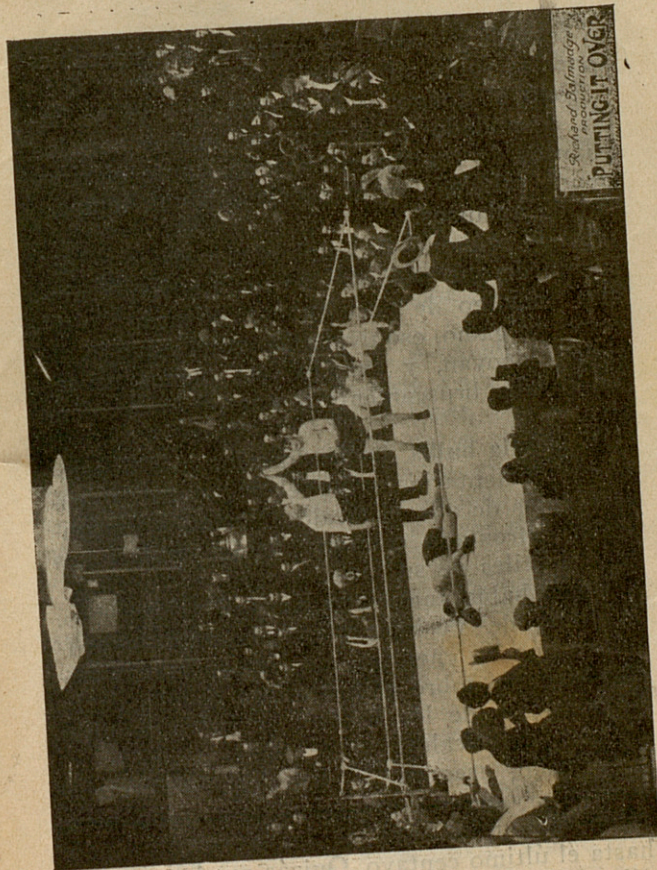
—¡Acepto el reto! — contestó el boxeador.

—Perdone — interrumpió entonces Kendall, dirigiéndose al "manager". Yo soy el representante del señor. Cuando hay algún "match", soy el encargado de custodiar el dinero.

—¡Tome usted! — replicó el manager de Carlos, tendiéndole una bolsa llena de monedas de oro. ¡Aquí está el dinero!

—Conforme. Puede empezar el "match" cuando ustedes gusten.

Entre la concurrencia se produjo un movimiento de estupor. Ricardito, que ya se había hecho popular en Carterville, fué reconocido



Donovan seguía en tierra sin sentido.

en seguida y pronto se cruzaron considerables apuestas sobre su victoria.

Sonó el gongo, y Ricardito, que ya se había desnudado y calzado sus manos con los guantes de reglamento apareció ante el ring, siendo saludada su presencia con una tempestad de aplausos.

A las primeras de cambio, el público se dio cuenta de que Donovan no tenía enfrente ningún enemigo de poca monta. Ricardito, ágil como un gamo, esquivaba los golpes que le dirigía Donovan, y cuando éste menos pensaba, pasaba bruscamente a una violenta ofensiva.

Y la sala bullía, haciéndose los más apasionados comentarios sobre el encuentro, mientras, lejos de allí, el alcalde Norton se encontraba enfrentado con una de las situaciones más difíciles de su vida.

Como había anunciado Kendall a Ricardito, la Junta de Vecinos, alarmada ante los rumores que los enemigos de Norton habían hecho circular sobre el misterioso asunto de la desaparición de los fondos, se había reunido en casa del alcalde.

—Puedo asegurar a ustedes — afirmaba Norton — que he sido víctima de un robo, pero estén tranquilos, que se les devolverá todo hasta el último centavo. Quizás pueda yo cumplir mi palabra esta misma noche.

El alcalde confiaba, en efecto, en que algún

amigo vendría a ofrecerle su apoyo, pero cuando vió que no era así, llamó aparte a Blanca y le dijo:

—Hija mía, este contratiempo va a ser definitivo. Estoy perdiendo por momentos la confianza de todos y no veo la salvación.

—Tranquilízate, papá — repuso Blanca—. Yo iré ahora mismo a ver al señor Blais, que es el único que puede dejarnos ese dinero.

—Pues ves en seguida, hija mía, y que Dios nos proteja.

Blanca no se entretuvo un momento, vistióse en un abrir y cerrar de ojos y emprendió el camino hacia casa del señor Blair.

Era éste un íntimo amigo de su padre, que en épocas difíciles había tenido que agradecerle muchos favores. Su situación, entonces acomodada, le permitía poder sacar del apuro al alcalde.

Pero cuando la joven llamó a la puerta del señor Blair le esperaba una noticia desconcertadora:

—El señor Blair no está en casa. Ha ido al match de boxeo.

Blanca no dudó un momento.

Hacia el "ring" se dirigió, resuelta a buscar al señor Blair donde fuese. Pero, apenas penetró en la sala, un griterío enorme la aturdió. De pie, en el ring. Ricardito aclamado por toda la concurrencia. A sus pies, Donovan estaba tendido sin conocimiento. En el tercer

round, Merrit le había asestado un magistral puñetazo, dejándole "kuockout".

Kendall, que seguía casi de bruces ante las cuerdas del ring, reconoció en seguida a la señorita Blanca.

—¡Señorita Norton! ¡Señorita Norton! — gritó.

—¡Señor Kendall!

—¡Tome! — dijo el jefe de policía, entregando la bolsa a la muchacha—. ¡Lleve esto a su padre!

—¿Qué hay aquí?

—¡Dos mil quinientos dólares, que Ricardito Merrit acaba de ganar, venciendo al famoso boxeador Donovan, para poder salvar a su padre de la angustiosa situación en que se encuentra!

En aquel momento, Ricardito vió a pocos pasos, entre la concurrencia, a Pancho Brent.

—¡Señor Kendall! — gritó—. ¡Ese es el hombre que robó los fondos del alcalde!

En el salón se produjo una confusión enorme. Fué en vano que Pancho intentara huir. Dos "policeman" le detuvieron, conduciéndole a la Jefatura, en donde acosado a preguntas, acabó por confesar el delito, delatando a Duncan y poniendo al descubierto su inicuo proceder.

VII

ANTE la terrible elocuencia de los hechos, Duncan confesó de plano. El dinero robado al alcalde se encontró en su poder, siendo reconocida la numeración de algunos billetes. La coartada, era, pues, imposible.

Ricardito fué llevado en triunfo a casa del alcalde. El pueblo le aclamaba como a un héroe, y ahora, disipadas ya todas las dudas sobre la conducta de Norton, la propaganda de su rival estrellóse contra la firmeza de los electores de Carterville que permanecieron fieles a su primer candidato.

Cuando el escrutinio, del que resultaba vencedor el alcalde por una mayoría aplastante, hubo terminado, Norton abrazó a Ricardito Merrit.

—Ricardito — le dijo—, con su noble comportamiento, se ha hecho usted acreedor a mi amistad y a mi confianza absolutas. Pida usted, y será complacido.

—Nada he de pretender de usted, señor Norton, puesto que usted nada me pidió. Cuanto he hecho ha sido por mi libérrima y espontánea voluntad... mejor dicho... por...

Blanca creyó llegado el momento de intervenir y completó la frase que el joven Merrit no se atrevía a terminar.

—¡Por mí!

—Por usted, Blanca. Por usted que me despreció cuando supo cuál era mi verdadera personalidad... Pero ahora no debo hablar más. Por otra parte, no debo permanecer un momento más entre ustedes. A las nueve y quince sale el tren y debo marcharme...

—¡Cómo! — exclamó Blanca—. ¿Se iría usted sin que tengamos lugar de darle las gracias?

Y francamente, sin reservas, le tendió la mano. Ricardito la cogió entre las suyas, y, con un movimiento de extrañeza, le dijo:

—¿Qué es esto? ¿Ha perdido usted su sortija de prometida?

—Sí... Afortunadamente.

—Entonces, ya que usted, señor Norton, me ha ofrecido su amistad, yo voy a pedirle una cosa.

—¿Qué?

—Que puesto que su hija ha perdido su sortija de prometida, me permita regalarle otra.

—¡Ah! — contestó jovialmente Arnoldo —. ¡Ya sabía yo que acabarían ustedes así! ¡Los dos querían decírmelo y no se atrevían! ¡Vaya, vaya usted a buscar la sortija!... Al fin y al cabo, bien se ha hecho usted acreedor al cariño de Blanca... ¡Qué diablos! ¡Hoy son pocos los novios que conquistan a su amada, como ha hecho usted A PUÑETAZO LIMPIO!

FIN

